



¿PARA QUÉ SIRVE LA HISTORIA?

Víctor Nazar Contreras

La explicación de lo que pasa en nuestras vidas no se agota en la comprensión de la personalidad y de la salud de los individuos con que nos relacionamos, como parece ser el caso en nuestro medio. La biología y la psicología son importantes; pero los acontecimientos pueden ser mirados también desde una perspectiva social. Se relacionan con procesos más amplios de la cultura y la sociedad, nacional e internacional. Más allá de estudiar las disciplinas sociales de manera convencional -mediante la memorización de definiciones y clasificaciones- interesa plantear ideas en términos algo más globales, que ayuden a entender el sentido social profundo de las acciones de los hombres. Contribuir a formar una visión de conjunto y a enriquecer la sensibilidad social que todo individuo informado necesita para desarrollar su vida como persona y profesional, en la sociedad de hoy.

La dificultad diaria de los estudiantes para entender las disciplinas sociales, y de los profesionales para entender la sociedad, muestra que algo está mal en nuestra cultura y nuestra educación: la imaginación social es escasa. Aún en las élites profesionales y políticas de nuestro país, no abunda la capacidad de ubicar cuáles son los problemas fundamentales y pensarlos más allá de la simple administración del presente. Pensarlos en el largo plazo, con perspectiva histórica. Tanto el conocimiento como la acción humana son históricas, se hacen día a día.

Para aumentar la comprensión de lo social hacen falta ideas que no son comunes en nuestro medio. La primera es reconocer el dinamismo de los procesos sociales y, consecuentemente, la importancia de la historiografía. Disciplina que, al estudiar nuestro pasado, nos ayuda entender lo que pasa hoy en la sociedad y lo que acontece con nosotros mismos.¹

El carácter dinámico de los fenómenos sociales: la importancia de la historia.

Las sociedades pueden concebirse como amplios procesos sociales en constante modificación; es así que, por el carácter dinámico de las sociedades, se destacará la importancia de la dimensión histórica en toda empresa intelectual. Sea con una lentitud poco perceptible o con rapidez, el cambio es permanente. *"Las sociedades no se definen por su funcionamiento, sino por su capacidad de transformarse"*, dice Alain Touraine.² Los acontecimientos sociales son procesos que ocurren en un tiempo y en un lugar, lo que equivale a decir que son históricos, y están influidos por la cultura dominante en ese medio. En este artículo, se invita a tener siempre presente que si no se asume la historia, difícilmente se construirá un futuro; vale decir, comprender el dinamismo social y ligarlo al tiempo y al espacio.

En un artículo titulado "Utilidad de la historia"³, Pedro Gandolfo dice: "Los protagonistas del acontecer nacional se mueven dentro de un horizonte demasiado limitado y urge una buena historiografía que se los abra y prolongue. Nuestro devenir aparece entrampado por los lastres de un pasado próximo. El sentido histórico, el de largo alcance, proporciona una sana visión que coloca los episodios en la perspectiva de las grandes tendencias y, a la vez, ayuda a desmitificar nuestras creencias".

1 Ver: "Siete ideas para entender la sociedad", Santiago, 1997.

2 Alain Touraine, "Pour la sociologie", Edition du Seuil, Paris, 1974.

3 Diario "El Mercurio", Santiago, 3 de febrero de 1993.

La imaginación histórica.

Reconocer la importancia de la historia para las más altas disciplinas intelectuales no es suficiente: interesan también las personas en la vida corriente, en el trabajo y las profesiones. Quien no tenga una perspectiva histórica, quien no se ubique en el tiempo y en el espacio, quien carezca de una mínima capacidad de situar los acontecimientos diarios en procesos de larga duración y de alejarse momentáneamente de los sucesos inmediatos, difícilmente entenderá lo que pasa en la sociedad y, en consecuencia, en su vida misma. Menos aún en una sociedad de cambio acelerado. En efecto, ¿en qué época ha habido tantos cambios con tanta frecuencia y profundidad como en los últimos treinta años? Más todavía, ¿no es posible la sospecha que éstos, lejos de disminuir, pueden acelerarse?

En cuanto sujetos que estamos sumidos en la realidad social, sufrimos la historia como una serie de oportunidades o de inconvenientes; por eso mismo se nos hace difícil comprender las situaciones globales que vivimos. C. W. Mills, en *"La imaginación sociológica"*,⁴ dice que hoy en día los hombres corrientes se sienten atrapados, no pueden superar las dificultades presentes en sus mundos cotidianos. Lo que saben y lo que pueden hacer, está limitado por las órbitas privadas en que viven: el trabajo, la familia y la vecindad. Fuera de ellas, son espectadores. Por debajo de esa sensación de estar atrapados se encuentran cambios impersonales de procesos de dimensiones continentales. Pocas veces los hombres definen las dificultades que sufren en relación con los cambios históricos y las contradicciones institucionales. Se necesita una cualidad mental que W. Mills llama imaginación sociológica. Consiste en la habilidad de usar la información y desarrollar recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de que lo que quizás esté ocurriendo dentro de nosotros mismos. Capacidad para entender la intrincada conexión entre el tipo de nuestras propias vidas y el curso de la historia del mundo. Las relaciones del hombre con la sociedad, de la biografía con la historia, del yo con el mundo. En estos términos, imaginación sociológica aparece como equivalente a imaginación histórica.

Pensar con perspectivas de largo plazo, adecuadamente localizadas y fechadas, en muchos aspectos, hace la diferencia entre personas educadas apropiadamente y las que no han tenido esa oportunidad. También hace diferencia entre las diversas visiones de la vida en sociedad. El estudio y la investigación historiográfica son sustantivos en toda formación intelectual. La conciencia o, más propiamente, el sentido histórico - que en este artículo se entenderá como sensibilidad y conocimiento historiográfico - ayuda a superar toda visión inmediatista e ingenuamente realista. Proporciona un mínimo de distancia intelectual y sentimental de los sucesos inmediatos. Una visión de largo plazo que permite situarse en las grandes tendencias de larga duración. Y, además, se adquiere comprensión y tolerancia frente a puntos de vista diversos. Se reiterará que los aspectos aquí mencionados conciernen a todo investigador o profesional, y no solamente a los especialistas, puesto que todos trabajan con la realidad social y, eventualmente, la modifican.

No obstante, las anécdotas de la historia pueden dar brillo y amenidad a una narración o servir para el lucimiento personal en una conversación. Meta bien limitada. Las actuaciones personales de los sujetos históricos, cercanas a la chismografía, no ayudan a superar el pensamiento de sentido común. Su riesgo es reforzar el «*reduccionismo psicologista*» tan común en nuestro medio. Ver en la historia solamente la actuación de individuos, no contribuye a ampliar el horizonte intelectual de alumnos y lectores; tampoco a la visión de procesos sociales de largo plazo. Se pierde una de las funciones formativas de los estudios historiográficos.

4 C. Wright Mills, *"La imaginación sociológica"*, F.C.E., México, 1961, Capítulo I, *"La promesa"*, pp. 23-43.

La perspectiva histórica a nivel de las disciplinas y profesiones.

El dinamismo social, ligado al tiempo y al espacio, es inherente a todo lo social, de donde se deduce que la perspectiva histórica es central en muchas disciplinas. "Ningún estudio social -dice C.W. Mills- ha terminado su jornada intelectual si desde los problemas de la biografía no vuelve a la historia y sus relaciones dentro de la sociedad." (Op. cit., p. 23)

Como una consecuencia práctica aquí se propone que en todo trabajo intelectual de cualquiera actividad, profesional o social, introducirse en la historia de lo que estamos estudiando, facilita su comprensión. Vale decir, construir un «contexto histórico» tiene virtudes heurísticas. Situar explícitamente nuestro asunto en una localización temporal y espacial, mejora la calidad de nuestro trabajo. El contexto histórico, al aclarar raíces, proyecta; puesto que el pasado se estudia con la vista puesta en el futuro.

El carácter dinámico de la realidad humana lleva a Francisco Tomas y Valiente a decir que "lo propio del historiador es el análisis del cambio a lo largo del tiempo". Más adelante, agrega: "Y esa diacronía exige una exposición narrativa no consistente en la mera yuxtaposición cronológica (lo que sería hacer crónica y no historia) sino en la indagación de 'la trama' que enlaza y permite explicar el paso de una institución a otra, de una sociedad a otra, de una economía mundo a otra".⁵

Nos asombran ciertos sucesos actuales, si llegamos a conocerlos. Creemos que son sólo productos de nuestros tiempos y de nuestras costumbres. Sin embargo, es probable que hayan ocurrido siempre, sin que nadie los haya registrado. En ese momento no se consideraban relevantes y no están en los libros de historia. También es posible que interese ocultarlos. El centro de interés cambia, hoy nos preocupa el narcotráfico, la narcocorrupción, el tráfico de armas, la corrupción pública y privada, los derechos humanos, el papel de las mujeres, las minorías, la ecología, el medio ambiente y cosas de las cuales tenemos pocas noticias de como se manejaban en el pasado. Carecer de historia es favorecer la permanencia de aquello que es mejor cambiar.

¿Qué hechos tienen importancia suficiente para formar parte de una historiografía? Junto con los hechos, importan las interpretaciones. Hay que disponer de un sistema de hipótesis que permita comprender los procesos o acontecimientos relevantes. Así, explicar cómo cambia la sociedad en el mediano y largo plazo, es una labor teórica de mucho valor. "La historia como disciplina incita a la busca del detalle, pero también estimula a ampliar la visión hasta abarcar los acontecimientos centrales de la época en el desarrollo de estructuras sociales" (C.W. Mills, op cit., p. 157). En consecuencia, es atendible suponer que la historia, como toda disciplina científica o humanística, describe o explica los fenómenos de su competencia.

Fukuyama dice a este respecto: "La historia no es algo dado, un mero catálogo de todo cuanto sucedió en el pasado, sino un esfuerzo deliberado de abstracción por el cual separamos los acontecimientos importantes de los que no lo son. Las normas en que se basa esta abstracción son variables. Durante las dos generaciones anteriores a la nuestra, por ejemplo, ha habido la tendencia a apartarse de la historia militar y diplomática y

5 *Francisco Tomas y Valiente, "La huella del derecho y del estado del último libro de F. Braudel", Estrato del volume Storia Sociale e Dimensione Giuridica, Milano-Dott. A. Giuffr'e Editore - 1986, p. 268.*

acercarse a la historia social, la historia de las mujeres y de las minorías, o la historia cotidiana".⁶

Tiempo personal y tiempo social.

El tiempo se mide en una escala cronológica, pero su interpretación es social. ¿Qué tiempo es largo o corto para una persona? Al lado de la urgencia de un *tiempo personal*, donde cuentan los segundos, los minutos, las horas y los días, hay que proponerse un *tiempo social*. Pensar un tiempo cuya escala trasciende la duración demográfica de los individuos. ¿Décadas, siglos, milenios, millones de años? Así la brevedad del tiempo personal en que vivimos, deja en descubierto su fragilidad y pequeñez.

¿Cuánto tiempo es corto o largo para una sociedad? o ¿cuánto tiempo es corto o largo para una estructura o una institución social? La respuesta de Raúl Atria y Matías Tagle es un "depende", relativo al carácter de la interpretación. Nos acercan a la comprensión de la dinámica de la sociedad al distinguir tres variedades de duraciones:

- a) tiempo de las estructuras sociales
- b) tiempo de los actores sociales
- c) tiempo de las instituciones sociales.⁷

Por otra parte, no se puede hablar de tiempo histórico sin referirse a Fernand Braudel. Para este historiador, "todo comienza y termina por el tiempo". Distingue tres tipos de tiempos: un "**tiempo breve**", episódico, para explicar los acontecimientos corrientes, tal vez días, meses o unos pocos años; "**tiempo mediano**", de las coyunturas, para explicar las oscilaciones cíclicas, se trata del tiempo genuinamente histórico, quizás décadas o centurias; y, un "**tiempo largo**", estructural, para explicar tendencias seculares y crisis estructurales. En los procesos de "larga duración", la "*longue durée*" de Braudel, cincuenta años es una medida de tiempo para el cambio de aquellas estructuras sociales que el tiempo demora en desgastar.

Una conclusión adicional. Por el dinamismo social ya mencionado, hoy en día resulta insuficiente **reproducir** las orientaciones y prácticas sociales (valores sociales y pautas culturales, diría un antropólogo social) predominantes en los ambientes personales y profesionales. Se necesita la **producción social** de nuevas soluciones adecuadas a las cambiantes circunstancias actuales. Ya no basta con enseñar como siempre se ha hecho, la creatividad es necesaria. Uno de los dilemas de la cultura y la socialización en nuestros días, es reproducción o producción social.

Historicidad e historicismo

A nivel teórico, la respuesta al dinamismo social es el concepto de **historicidad**. Como es de esperar, se le reconocen varios significados. Si bien su terminación "*cidad*" sugiere un uso correcto de la historia, aquí se le considerará según la teoría de la acción de

6 Francis Fukuyama, "El fin de la historia y del último hombre", Editorial Planeta, Barcelona, 1992, pp. 202-203.

7 Raúl Atria y Matías Tagle, "Tiempo social y proceso político: notas de método histórico y sociológico", *Estudios Sociales* N° 19, 1979, p. 85.

Alain Touraine. Para este autor, la sociedad se define por su capacidad de producirse a sí misma, es decir, de modificar sus orientaciones y prácticas sociales y hacer su propia historia. "La historicidad de la sociedad -dice Touraine- es su capacidad de producir sus orientaciones sociales y culturales a partir de su actividad y de conferir un "sentido" a sus prácticas".⁸

El concepto recién mencionado conviene separarlo claramente del **historicismo**. La terminación "ismo" sugiere una exageración de la importancia de la historia. En su significado más corriente denota la suposición de que la historia puede ser explicación suficiente para todo. Tal exageración es un **reduccionismo**. Este vicio también se observa a nivel de las personas: siempre amenaza el peligro de creer que solamente la propia disciplina proporciona la perspectiva correcta o que es el único análisis importante.⁹ Se volverá repetidamente sobre este último tema.

En su sentido más técnico y preciso, la noción de historicismo alude a dos tipos de movimientos. El primero, que reconoce sus fuentes en **Hegel** (1770-1831) y **Marx** (1818-1883). El segundo, ligado a **Dilthey** (1883-1911), que surge como reacción al mencionado primero. Son concepciones que interesa mucho mencionar, puesto que el historicismo en su corriente marxista ha determinado la discusión política y social de los siglos XIX y XX, hasta fecha muy reciente. Para Karl Popper está basado en la suposición que **existen leyes en la historia y que el hombre puede llegar a conocerlas**. La base teórica de estas supuestas leyes los autores marxistas la encuentran en la **teoría de la evolución**. Esta teoría domina todo el panorama científico del siglo diecinueve, es el gran paradigma o modelo cultural de la sociedad industrial. Pero, la teoría de la evolución sacada del ámbito de la biología, donde pertenece, se constituyó en la ideología de la mencionada sociedad industrial.

Popper sostiene que el fascismo y el comunismo son clases de historicismo. En la dedicatoria de su libro *La miseria del historicismo* plantea así el problema: "En memoria de los incontables hombres y mujeres de todos los credos, naciones o razas que cayeron víctimas de la creencia fascista y comunista en las leyes inexorables del destino histórico".

Todo el siglo XX ha estado marcado por la lucha contra el historicismo, según Alain Touraine. Por su parte, Fukuyama, en un libro reciente, reconoce este hecho: "Desde luego no basta con apelar a la autoridad de Hegel, Marx o cualquiera de sus seguidores contemporáneos para establecer la validez de una historia orientada. En el siglo y medio transcurrido, su legado intelectual ha sido asediado sin tregua por todos lados. Los pensadores más profundos del siglo XX han atacado la idea de que la historia sea un proceso coherente e inteligible y hasta han negado la posibilidad de que cualquier aspecto de la vida humana sea filosóficamente inteligible".¹⁰

El trabajo de "los pensadores más profundos del siglo XX" ha generado el convencimiento actual de que no existen determinismos en la historia, que no es posible predecir "científicamente" el curso de la historia de la humanidad. Está claro que nadie

8 *Alain Touraine, op. cit., p. 56.*

9 Véase: *Victor Nazar, "La historicidad de las ciencias", Estudios Sociales Nº 20, C.P.U., Santiago, trimestre 2, 1979;* y *"El quehacer profesional y la ciencia", Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1987, Cap. III, "Para vivir y crecer", Editorial Universitaria, Santiago, 1993.*

10 *Francis Fukuyama, op. cit., p. 13.*

rechaza la conveniencia en cada ciencia de efectuar estudios predictivos sobre bases metodológicas bien fundadas, pero ellas son del orden de lo posible. Es más, generalmente se hacen con la finalidad de que se tomen medidas oportunamente y así las predicciones negativas no se cumplan.

Se plantea de nuevo el problema de la contingencia versus las leyes presuntamente científicas de carácter universal. No hay duda de que el pasado se estudia para proyectarse, pero en el sentido de sacar lecciones para el futuro o para orientar el proceso de decisiones, por ejemplo, en administración o medicina, sin pretender el determinismo riguroso atribuido a la ley científica. Menos todavía hacer predicciones de etapas fijas y necesarias de carácter macrosocial, sobre la base de una teoría evolucionista pedida prestada a la biología. Aunque las teorías son instrumentos intelectuales muy útiles y representan la manera correcta de trabajar en ciencias, ellas no permiten desconocer el carácter eventual y contingente del acontecer humano. La intervención de factores imprevisibles producen el efecto de que cada caso sea único, tanto en el proceso histórico como en sus resultados. En las ciencias naturales, se predice bajo condiciones rigurosamente controladas, lo que no es posible lograr en situaciones complejas de carácter social, donde influyen una multiplicidad de elementos.

Se puede ilustrar una idea de la historia, parodiando lo dicho por Ralf Dahrendorf: los caminos de la historia son flexibles, no existen rutas únicas, admiten muchos ritmos y métodos de viaje.¹¹

Un comentario sobre un nuevo «fin de la historia».

Una conclusión que parece ya bien establecida es que no hay determinismos en la historia. Tesis que anula el historicismo. Sin embargo, sorprendentemente Fukuyama vuelve a plantear este mismo asunto ahora situado en un contexto liberal: "mi tema vuelve a una cuestión muy vieja: si al final del siglo XX tiene sentido que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente" (op. cit., p. 13). Después de lo que este mismo autor brillantemente expone del tema, asombra, pero su respuesta es positiva.

Resulta curioso que, Fukuyama que se mueve muy bien con las tesis actuales de las ciencias sociales, contrarias a los determinismos, insista en planteamientos "muy antiguos", como él mismo dice, y al parecer ya desvirtuados. En este libro se intenta reeditar el historicismo hegeliano en una versión liberal. No obstante, con la finalidad de ofrecer aquí una idea más viva del historicismo y su trayectoria, a continuación se transcribirán algunos párrafos introductorios de su libro, sin pronunciarse sobre las tesis de fondo que Fukuyama plantea más adelante:

«Pero lo que yo sugería que había llegado a su fin no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino 'la historia', es decir, la historia entendida -tomando en consideración la experiencia de todos los pueblos en todos los tiempos- como un proceso único, evolutivo, coherente. Esta manera de entender la historia está estrechamente relacionada en el gran filósofo alemán G.W.F. Hegel y se convirtió en parte de nuestra atmósfera intelectual cotidiana gracias a Karl Marx, que

11 *Ralf Dahrendorf*, "Reflexiones sobre la Revolución en Europa. Carta pensada para un caballero en Varsovia". Emecé Editores, Barcelona, 1991. Citada en "Política" N°30, diciembre 1992, p.373, Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile.

tomó de Hegel esta concepción de la historia, y está implícita en nuestro empleo de palabras como 'primitivo' o 'avanzado', 'tradicional' o 'moderno', al referirnos a distintos tipos de sociedades humanas. Para ambos pensadores había un desarrollo coherente de las sociedades humanas desde las simples sociedades tribales basadas en la esclavitud y la agricultura de subsistencia, a través de varias teocracias, monarquías y aristocracias feudales, hasta la moderna democracia liberal y el capitalismo motivado tecnológicamente. Este proceso evolutivo no era ni casual ni ininteligible, aunque no siguiera una línea recta, e incluso cabe discutir si el hombre era más feliz o vivía mejor como resultado del 'progreso' histórico".

«Tanto Hegel como Marx creían que la evolución de las sociedades humanas no era infinita, sino que acabaría cuando la humanidad hubiese alcanzado una forma de sociedad que satisficiera sus anhelos más profundos y fundamentales».

«Ambos pensadores, pues, postulaban un 'fin de la historia'; para Hegel era el estado liberal, mientras que para Marx era una sociedad comunista. Esto no significaba que el ciclo natural de nacimiento, vida y muerte llegara a su fin, ni que ya no hubieran de ocurrir acontecimientos importantes o que dejaran de publicarse los periódicos que informaban sobre ellos. Significaba, más bien, que no habría nuevos progresos en el desarrollo de los principios e instituciones subyacentes, porque todos los problemas realmente cruciales habrían sido resueltos». ¹²

En su intento de rehabilitar una historia con sentido Fukuyama no está sólo. En nuestro país, el senador José Antonio Viera-Gallo, en un libro de reciente aparición, intenta recuperar la confianza en la capacidad del hombre para comprender su propia realidad, de aprehender el sentido de las tendencias históricas. (Ver: "*La pausa de la razón. Reflexiones de fin de siglo*", Ediciones Universidad de Concepción, 1997). Esta confianza ha sido gravemente dañada por los dramáticos acontecimientos de fin de siglo, para este autor el milenio terminó en el año 1989. Sostiene que "la solución no es renunciar al sentido de la historia, sino criticar una noción demasiado simplista y elemental de progreso...".

Un panorama distinto resulta de los planteamientos de Samuel P. Huntington, cientista político del Departamento de Estrategia de la Universidad de Harvard, en un artículo publicado en el número de verano (1993) de *Foreign Affairs*. Para este autor en un futuro previsible no habrá una civilización universal sino un mundo de diferentes civilizaciones donde cada una de las cuales tendrá que aprender a coexistir con las demás. Destaca el autor que los occidentales tendemos a pensar que las naciones y los estados son los actores principales en los asuntos mundiales. Ello parece haber sido así durante unos pocos siglos. Sin embargo, la historia en sus dimensiones más amplias ha sido la historia de las civilizaciones.

Así la historia universal, que Fukuyama la cree en marcha a una democracia liberal, con Huntington se ve como la interacción de siete u ocho grandes civilizaciones: la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslava-ortodoxa, la iberoamericana y posiblemente la africana. Puede aceptarse con Huntington que la penetración de la cultura occidental solamente ha rozado la superficie de las otras civilizaciones y que ideas como

12 Francis Fukuyama, *op. cit.*, p. 12.

individualismo, democracia, derechos humanos, libre mercado no se han incorporado o, incluso, despiertan abierto rechazo.

Finalmente, es de desear que los temas aquí planteados ayuden a formar una conciencia más viva de la importancia de la dimensión histórica en todo estudio social. Visión que se complementa con una conciencia igualmente viva de la diversidad humana. En efecto, la perspectiva de la cultura proporciona también una cierta tolerancia frente a las diferencias y semejanzas de los comportamientos humanos. Hay que fomentar los estudios historiográficos y todo lo que ayude a despertar la imaginación histórica y social. Una visión de largo plazo y la capacidad de comprender puntos de vista diversos, son metas apreciables para el pensamiento contemporáneo, al menos, en la cultura occidental.

BIBLIOGRAFÍA

- Alain Touraine*, «Pour la sociologie», *Edition du Seuil, Paris, 1974.*
- C. Wright Mills*, «La imaginación sociológica», *F.C.E., México, 1961.*
- Francisco Tomas y Valiente*, «La huella del derecho y del estado en el último libro de F. Braudel» *Estrato del volume Storia Sociale e Dimensione Giuridica, Milano- Dott. A. Giuffré Editore - 1986, p. 268.*
- Karl R. Popper*, «La miseria del historicismo», *Alianza Taurus, Madrid, 1961.*
- Francis Fukuyama*, «El fin de la historia y el último hombre», *Editorial Planeta, Barcelona, 1992., pp. 202/203.*
- Raúl Atria y Matías Tagle*, «Tiempo social y proceso político: notas de método histórico y sociológico», *Estudios Sociales N° 19, 1979. p. 85*
- Víctor Nazar*, «La historicidad de las ciencias», *Estudios Sociales N° 20, C.P.U., Santiago, trimestre 2, 1979,* y «El quehacer profesional y la ciencia», *Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1987, Cap. III*
- Víctor Nazar*, «Para vivir y crecer», *Editorial Universitaria, Santiago, 1993.*
- Ralf Dahrendorf*, «Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero en Varsovia». *Emecé Editores, Barcelona, 1991. Citada en «Política» N° 30, diciembre 1992, p. 373. Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile.*
- José Antonio Viera-Gallo*, «La pausa de la razón. Reflexiones de fin de siglo», *Ediciones Universidad de Concepción, 1997.*